

El escritor Felipe Trigo Médico Militar en Filipinas

MIGUEL CRUZ GIRÁLDEZ

RESUMEN:

*Felipe Trigo es un novelista extremeño muy relevante dentro de la narrativa española del primer tercio del siglo XX. Algunas de sus novelas son representativas de la realidad de aquella época. Pero fue también médico militar y, como tal, estuvo destinado en las Islas Filipinas en los años finales del siglo XIX, marcados por la sublevación de parte de los nativos que conduciría a una guerra en la que acabarían interviniendo los Estados Unidos de América. Trigo fue un héroe de aquella campaña, destacado por su actuación en Fuerte Victoria, y escribió sobre todo ello en sus artículos de prensa recogidos en el libro **La campaña filipina. (Impresiones de un soldado)**, en 1897. En este trabajo vamos a centrarnos en él.*

PALABRAS CLAVE: Escritor, médico militar, héroe, Guerra de Filipinas.

ABSTRACT:

*Felipe Trigo is a novelist from Extremadura who is very relevant within the Spanish narrative of the first third of the 20th century. Some of his novels are representative of the reality of that time. But he was also a military doctor and, as such, he was stationed in the Philippine Islands in the final years of the 19th century, marked by the uprising on the part of the natives that would lead to a war in which the United States of America would end up intervening. Trigo was a hero of that campaign, highlighted by his actions in Fort Victoria, and he wrote about it all in his press articles collected in the book **The Philippine Campaign. (Impressions of a soldier)**, in 1897. In this work we are going to focus on it*

KEYWORDS: Writer, military doctor, hero, War of Philippines Islands.

EL pasado año 2023 fue dedicado por el Ejército de Tierra a conmemorar los cuatro siglos de las gestas españolas de Ultramar: 1492-1898, desde el descubrimiento de América hasta la pérdida de nuestros últimos territorios ultramarinos. Por eso mismo, la convocatoria de estas Jornadas se sitúa aún en la estela de este histórico asunto, tan amplio que en realidad abarca todo lo relacionado con América, África, Asia y Oceanía a lo largo de cuatro centurias, del XVI al XIX, en algunos casos prácticamente íntegras.

El presente trabajo se inscribe precisamente en esta órbita, y también en la línea de estas Jornadas de Historia Militar de Extremadura, que pone el acento en la contribución de esta noble región a la Defensa Nacional, y en mi propio perfil docente e investigador, pues voy a centrarme en la figura de Felipe Trigo (1864-1916), un gran escritor pacense que fue médico militar en las Islas Filipinas durante su juventud y además escribió sobre su experiencia.

Felipe Trigo es uno de esos escritores de principios del siglo XX que han caído en el olvido, tras haber conocido en vida una gran fama. Su nombre aparece como de pasada en los libros de Literatura del Bachillerato o en los manuales universitarios, también tiene dedicadas algunas calles, Institutos, una estatua en su localidad natal y hasta una Universidad Popular en su región, y un premio literario que ostenta su denominación; pero poco más.

Y ello a pesar de ser un claro exponente de la cultura y de la literatura españolas de fines del siglo XIX y comienzos del XX, una etapa difícil para nuestro país en la que este autor tuvo una participación significativa.

Trigo es recordado sobre todo por ser el creador de la novela erótica en España. Este subgénero, que acabaría siendo muy popular entre los lectores de la época, tuvo en nuestro escritor y en Eduardo Zamacois dos de sus primeros cultivadores, aunque leyendo *El médico rural* (una de las novelas más valoradas de Trigo) un siglo después, cabe preguntarse qué se entendía en 1912 por “novela erótica”.

* * *

Felipe Trigo y Sánchez-Mora nació en Villanueva de la Serena, Badajoz, el 13 de febrero de 1864, en el seno de una familia acomodada extremeña, que pasó a tener serios apuros económicos debido a la temprana muerte del padre, que era ingeniero. Felipe Trigo era el menor de los hijos. Pronto vio morir a cuatro de sus hermanos (dos niños y dos chicas), a los que quería mucho. Esto lo marcaría muy hondamente. Cursó luego los estudios del Bachillerato en Badajoz y la Licenciatura de Medicina en Madrid. La vida solitaria de un joven estudiante forastero en la capital de España y sus experiencias en el Hospital de San Carlos las plasmaría en la novela *En la carrera* (1909), que guarda algunos puntos de relación con los primeros capítulos de *El árbol de la ciencia* de Baroja, otro médico escritor, aunque esta obra de Trigo es anterior en dos años a la del gran novelista vasco. Una vez licenciado, tras haberse casado antes, en 1886, con Consuelo Seco de Herrera, compañera suya de Facultad, ejerció como médico titular en los pueblos pacenses de Trujillano y Valverde de Mérida, una circunstancia biográfica que novelizó más tarde en *El médico rural* (1912).

De esta época data ya su afición a la literatura. Durante su estancia en Madrid devoraba las grandes novelas francesas, de Eugène Sue a Hugo, de Zola a George Sand, pero también a todos los científicos, de Spencer a Comte, y a los teóricos del socialismo, con los que compartía entonces su visión de la sociedad. En 1887, a la vez que se estrena como médico rural, dedica el poco tiempo libre del que dispone a ampliar sus conocimientos y sus métodos de análisis, escribe numerosos artículos que envía a la prensa y remite esquemas de novelas a *El Globo*, hasta 1892.

Hastiado de la vida rural, ingresó por oposición en el Cuerpo de Sanidad Militar. Su primer destino fue Sevilla, donde comenzó una gran actividad periodística que ya había intentado en Madrid. De Sevilla pasó a Trubia, como médico de la Fábrica de Armas. Por las conveniencias de un negocio que su familia tenía en la isla de Mindanao, decidió marchar voluntario en 1895 a las Filipinas, que estaban entonces en

plena rebelión. Recién llegado a su destino empieza a escribir en el *Diario de Manila*, unas colaboraciones que abandona muy pronto, en 1896, tras ser destinado como oficial médico al Fuerte Victoria, un enclave militar que en realidad era un destacamento disciplinario de soldados tagalos. Allí estuvo a punto de morir durante una cruel escaramuza. Una noche los penados, junto con la milicia nativa, se sublevaron contra la oficialidad y le dieron a Trigo cinco balazos y varios golpes de machete, dejándolo por muerto. Pero el joven médico logró huir en unas penosas condiciones: campo a través, y arrastrándose como pudo, se dirigió a un fuerte próximo para dar cuenta de lo que ocurría. Con una mano inutilizada (perdería cuatro dedos), fue repatriado como Caballero Mutilado de Guerra, con el empleo de teniente coronel. La prensa lo recibió a su llegada a la Península como el “héroe de Fuerte Victoria”, y hasta sería propuesto para la Cruz Laureada de San Fernando. Rechazando cualquier posibilidad de rentabilizar políticamente la fama, en 1899 solicitó el retiro del Ejército y fijaría luego su residencia en Mérida, para ejercer otra vez la Medicina rural y dedicarse a la literatura, su verdadera vocación. Durante cerca de tres años, Trigo iba a multiplicar los intentos novelescos en varias revistas modestas, intentando consolidar su sueño de una vida literaria.

* * *

En la época en que Felipe Trigo ejerció como médico militar, la labor de estos abnegados sanitarios era meritoria y durísima. En los territorios de Ultramar las condiciones eran muy malas. En Cuba y en Filipinas el oficial médico era un militar más, que además de su misión específica, debía estar siempre presto para el combate, lo que sucedió no pocas veces. En las Islas Filipinas nuestra Sanidad Militar tuvo una heroica y trágica muestra: la resistencia de Baler, en la que destacó el teniente médico Roberto Vigil de Quiñones, que acabaría mandando la fuerza que finalmente capituló tras un asedio de once meses y seis días de sitio, tras comprobar fehacientemente que España había firmado ya la paz y entregado la soberanía del territorio. Aquellos héroes salieron con todos los honores, armados y con la bandera desgarrada y atravesada por balas y metralla. Pero no fue el único acto de heroísmo prota-

gonizado por los oficiales médicos militares; ya nos hemos referido a la acción sufrida por Felipe Trigo en el Fuerte Victoria el 27 de septiembre de 1896. Además, la labor diaria era dura, terrible: el entorno sanitario se caracterizaba por el hecho de que el clima era el peor enemigo. La humedad y el calor facilitaban la aparición y la propagación de plagas que causaban más bajas que las armas en unos combatientes muy mal alimentados y peor vestidos. La fiebre amarilla, el paludismo, el dengue, la malaria o el beriberi producían la mayor mortalidad, seguidos luego de la disentería y de la tuberculosis. En este ambiente, con unos medios muy limitados, nuestros médicos militares escribieron una gloriosa página de la Medicina, luchando por erradicar y curar estas enfermedades endémicas. La mayoría tuvo una actuación ejemplar, y hubo numerosas bajas; también hubo muertos en combate y casos de verdadero heroísmo, anteponiendo el deber al riesgo de perder la vida.

* * *

Retirado del Ejército en 1900, Felipe Trigo se volcó en la que era ya su gran pasión: la creación literaria. El éxito arrollador de su primera novela, *Las ingenuas* (1901), en la que relata su dramática peripecia filipina, hizo de él un autor conocido y la obra fue un auténtico *best seller*, tanto en España como en América. Esto le permitió llevar con su familia una vida de lujo, a caballo entre su Extremadura natal y su chalé en la Ciudad Lineal madrileña, y le dio acceso a los círculos sociales más selectos, ganándose fama de gran señor, de dandy y donjuán. En menos de quince años publicó diecisiete novelas (entre ellas su obra más célebre, *Jarrapellejos*, 1914), y varias novelas cortas (en las popularísimas colecciones *El cuento semanal* y *La novela corta*), además de varios ensayos en los que explicó sus ideas políticas. El más destacado es tal vez su libro *Socialismo individualista* (1904). Y cabe señalar también *La campaña filipina. Impresiones de un soldado* (1897), *El amor en la vida y en los libros* (1908) y *Crisis de la civilización. La guerra europea* (1915). En su juventud, Trigo profesó un socialismo marxista ortodoxo, militó en el, PSOE y llegó incluso a publicar una serie de nueve artículos titulada “Las plagas sociales” en *El Socialista* en 1888. Después evolucionaría hacia un reformismo radical de carácter peque-

ñoburgués, en la línea de Melquíades Álvarez, al que dedicó de forma encomiástica el prólogo de *Jarrapellejos*.

Hay que reseñar que esta evolución es similar a la experimentada por otros escritores de la época, como Miguel de Unamuno, que nació además el mismo año que Felipe Trigo. Este hecho es significativo, pues permite situar a nuestro autor en su contexto generacional, que es el de *fin de siglo*, con sus tensiones ideológicas y sus vertientes literarias noventayochista y modernista, por más que Trigo permaneciera esencialmente fiel a la estética realista –con sus toques naturalistas–, que penetra en la narrativa de los años iniciales del siglo XX.

Pero no vamos a profundizar aquí en la dimensión de Felipe Trigo como escritor de novelas, sino que vamos a fijarnos en cómo su experiencia como médico militar en las Islas Filipinas lo marcó muy profundamente, lo que se plasma tanto en su obra de ficción como en la ensayística.

* * *

Las ingenuas (1901), que es su novela inicial, obtuvo un gran éxito. La historia de amor imposible entre Flora y su cuñado Luciano sirvió ante todo para denunciar cómo puede quedar anulada una sensibilidad rica y potente por el ambiente familiar, social e institucional. La acción transcurre en Alajara –salvo la segunda parte, que se sitúa en Ceilán y donde proyecta el autor su dramática peripecia filipina–, que representa a la pequeña ciudad española provinciana de principios del pasado siglo, aburrida y anodina, con unas costumbres regidas por la hipocresía moral, apegada a la tradición y que renuncia por principio a todo lo que pueda suponer algún tipo de progreso. Este simbolismo resulta patético, sobre todo al final, donde un grupo de mozuelos, sentados al pie de una cruz de piedra (símbolo de la tradición), se entretienen en romper a pedradas las piezas del poste del telégrafo o los cristales del tren (símbolos del progreso), bajo la mirada complaciente de sus padres que se lo consienten.

En realidad, Trigo reúne todas sus vivencias filipinas y sus meditaciones sociológicas, publicadas en diversos diarios y revistas, para producir un ensayo novelesco sobre la condición de la mujer española. Con sus notas tomadas de la realidad se combinan los ecos de sus viajes, una disección psicológica de ciertos tipos de mujer, y todo ello fundido en un cuadro de costumbres que adorna las ochocientas páginas de este gran conjunto en un proceso semejante al de la novela tradicional, y parecido también a los que sigue Blasco Ibáñez. Según los procedimientos del naturalismo, algunos indicios remiten a una actualidad histórica que, de hecho, atenúa su perfil dramático para acentuar, en cambio, la ilusión realista del relato.

La narración no se aleja en realidad de los modelos de la novela del siglo XIX, y por eso mismo obtuvo un éxito extraordinario; evoca el destino de dos seres haciéndolos evolucionar en una sociedad concreta, multiplicando contrastes y oposiciones con la presencia de personajes secundarios, con lo que reconstruye Trigo con fortuna toda una amplia tipología de ciudadanos. Con todo, en el conjunto general de las reflexiones políticas o morales, la defensa de la bondad natural de los instintos no tiene otro objetivo que el de oponer en evidencia los problemas relativos a la pasión, a los celos, al papel del erotismo en el plano social o individual, únicamente. La novela busca el impacto, y su lectura se convertirá en un placer de connivencia con los lectores cómplices de la burguesía progresista, puesto que Trigo, fiel a su ideología, quiere hacer una obra moralista *sui generis*, sustituyendo unas referencias caducas y frustrantes por valores reales, en nombre de la razón y el progreso. Sus teorías sociales, su moral y su estética se apoyan sobre las leyes naturales, que él consideraba desvirtuadas y deformadas por la civilización

Otra referencia autobiográfica de su experiencia filipina la hallamos en la novela *Del frío al fuego* (1905), en la que el capitán de Artillería Andrés Serván, que va destinado a combatir en la guerra, viaja desde Barcelona a Manila a bordo del buque Conde de Reus. A lo largo del mes en que dura la travesía, Andrés nos irá descubriendo a sus compañeros de viaje, entre los que surgirán los desencuentros, nuevas

amistades y romances. Unas situaciones cómicas y también absurdas, que el autor intercala con el descubrimiento de un nuevo mundo para los protagonistas, a un ritmo trepidante. Esto le dará ocasión para multiplicar los comentarios sobre temas muy diversos.

Pero será en su libro de no ficción *La campaña filipina. (Impresiones de un soldado)* (1897), publicado al año siguiente de los terribles sucesos del Fuerte Victoria, donde Felipe Trigo nos hable de forma más clara y directa de la guerra que vivió. Vamos a centrarnos en él.

* * *

Este libro recoge las crónicas escritas por Trigo desde su conocimiento directo del archipiélago, y se publicó en Madrid, Librería de Fernando Fe (Imprenta de Fortanet) en 1897, en plena crisis colonial, en la época de la Regencia de María Cristina. Consta de 92 páginas en un formato de bolsillo (20 cms.), y trata sobre diversos aspectos sociales y políticos de la guerra. Su contenido se articula en siete capítulos o secciones que van precedidas de una introducción: “El general Blanco y la insurrección”, a la que siguen los siguientes capítulos, titulados:

- 1.- “*Cuatro generales*”.
- 2.- “*A manera de prólogo*”.
- 3.- “*Al Correo Español*”.
- 4.- “*La prensa de Madrid*”.
- 5.- “*Nota*”.
- 6.- “*Dos telegramas*”.
- 7.- “*Para concluir*”.

La introducción contiene un artículo publicado inicialmente en el diario *El Nacional* el 11 de mayo, en el que se traza el perfil del autor:

Quien escribe estas líneas, perfumadas de sinceridad, sabe de la guerra filipina algo más que Reparaz y que todos nosotros. No con vanos alardes, sino con sangre de sus venas, ha dejado escrita en el archipiélago filipino la página más gloriosa y conmovedora de la impía sublevación tagala¹.

La segunda se titula “Cuatro generales”, y es una semblanza elogiosa de Blanco, Polavieja, Lachambre y Primo de Rivera. Y no pierde la ocasión de dirigir su crítica al clero regular, al que culpa en gran parte de la situación de rebeldía en las islas:

Entregado el archipiélago de Magallanes a los frailes casi desde el primer día, en que el célebre navegante lo descubrió, los frailes lo son allí todo. Están por encima del Gobernador General, que si no se les somete, peligra en su gobierno. Ellos han tenido y tienen la dirección [...] exclusiva de la alta política, y ellos se jactaron siempre de ser los únicos conocedores del corazón tagalo, porque cuidaron de tres cosas: aprender el enrevesado idioma del país, a fin de entender a los naturales; no enseñarles el castellano, con el objeto de que los españoles no los entendiesen, y apoderarse de las conciencias por el confesonario².

Recordemos que las tensiones entre el poder militar y el eclesiástico en Filipinas venían de antes. A raíz del Motín de Cavite en 1872, el gobierno de las islas decretó la muerte por garrote vil de varios líderes nativos y tres famosos sacerdotes, condenados, como instigadores, por sedición.

Trigo resume la situación de terror de la población europea en aquellos aciagos días:

Los españoles de Filipinas pensaban un día y otro día en solo una cosa muy triste: morir. Los que no sintieron la paralización del terror en sus venas querían a todo trance morir matando. ¡Un mes para recibir socorro de la Patria!... ¡No, la tremenda cuchilla tagala no estaría amenazando en vano tanto

¹ TRIGO, Felipe, *La campaña filipina. (Impresiones de un soldado)*, Madrid, Librería de Fernando Fe (Imprenta de Fortanet), 1897, p. 6

² *Ibid.*, p. 11.

tiempo! Temblaban las manos, de pavor o de coraje; se descubría con espanto la incisión en cada brazo que se miraba... Y se desarrolló una tal fiebre de prender a todo el mundo que si en una cuantas horas rebosaron las cárceles, en unos cuantos días no hubo puertas para los detenidos, y al mes de haber seguido así, suponiendo que se hubiera podido seguir, habría resultado que estaban presos ¡los diez millones de tagalos!³

Y es que en agosto de 1896 los nativos independentistas, agrupados en el Katipunán, se sublevaron y hostigaron a las tropas españolas en una guerra de guerrillas. En este clima de dura represión con el que se intentaba atajar la creciente insurrección hay que situar el fusilamiento de José Rizal el 30 de diciembre de ese mismo año, que no hizo más que avivar el sentimiento antiespañol.

La llegada de refuerzos desde la Península tranquiliza algo a la población española, mientras que se suceden distintos generales en el mando con el fin de estabilizar la situación. Pero el autor pone el acento sobre todo en el mérito de Blanco.

“A manera de prólogo” incluye un artículo publicado en su origen en *El Nacional* (17 de mayo de 1897), donde se explicita la intención que mueve al autor: dar testimonio de lo vivido y enjuiciar lo que ha visto. Justifica por ello de nuevo la actuación del general Blanco, incapaz sin embargo de dar un vuelco a la situación:

Con acierto, con admirable técnica, se organizó por el Capitán General Sr. Blanco el servicio de la defensa y vigilancia de tan sagrados intereses, cuales los que representaba. Con fuerza tan escasa peninsular, con reducida fuerza indígena, cuya lealtad podría y debía aplaudirse después de que fuese probada, no había bastantes medios para afrontar la realidad de mal tan extenso⁴.

La segunda parte es otro artículo publicado también en *El Nacional* (19 de mayo de 1897), Trigo explica la gestión de los generales

³ *Ibid.*, p. 13.

⁴ *Ibid.*, p. 24.

Blanco y Polavieja, e incide de nuevo en el clima de angustia que experimentaba la población española en Manila. Felipe Trigo justifica su voluntad de contar lo que ha vivido directamente, y alude al atrevimiento de escribir sobre ello en un momento de turbulencias en la vida política nacional: “¿Creerás, lector, que no pensé en los peligros de lanzar al mundo mi caudal de recuerdos sinceros en momentos de marejada en el mar de la política al soplo de pasiones violentas y ardentísimas?”⁵

El texto está seguido de una nota del periodista Muñoz Rodrigo donde especifica que la opinión de Trigo reviste especial valor:

Las apreciaciones contenidas en el artículo, aparte de su novedad, adquieren gran realce por suscribirlas el médico militar D. Felipe Trigo y Sánchez, que además de ser un escritor conocidísimo en Madrid y tenido por buen literato, ha combatido recientemente en Filipinas y está rodeado de una aureola gloriosa por el hecho heroico que realizó el día 27 de septiembre pasado en Fuerte Victoria, de Mindanao⁶.

Y la tercera parte de esta sección es otro artículo, publicado asimismo inicialmente en *El Nacional* (5 de junio de 1897), que es la réplica de Trigo a otro de Manuel Sastrón en el que acusaba de catastrofismo a nuestro autor en sus entregas anteriores. Trigo justifica sus puntos de vista aduciendo su propia experiencia personal.

El tercer capítulo de nuestra obra se titula “Al *Correo Español*”. En él se ve perfectamente la garra periodística de Felipe Trigo, evidenciada ya en las secuencias anteriores. Se trata de un extenso artículo en el que el autor se defiende de los ataques recibidos en ese diario por sus colaboraciones sobre la situación en el archipiélago. De nuevo carga las tintas críticas en la actuación de buena parte del clero, cuya labor iba –a su juicio– en contra de la línea de las autoridades militares y civiles:

⁵ *Ibid.*, p. 31.

⁶ *Ibid.*, pp. 35-36.

Los frailes, sí, patriotas tanto como el primero. Patriotas porque son españoles. Pero ya que recurre Eneas a médicos y a enfermos para sus comparaciones, yo le diré a Eneas que lo mismo que los sendos cariños para un paciente de los doctores reunidos en discordante cónclave les hace creer de buena fe a cada uno inmejorable el propio sistema, y de buena fe el que prevalece aplica el suyo y quizás mata al enfermo, así el patriotismo de los frailes, hombres de fe ante todo, con gran fe y con excelente buena fe, perjudicaron en Filipinas los intereses de la Patria⁷.

Y a propósito de esto, Felipe Trigo hace unas interesantes observaciones sobre las colonias y la responsabilidad de las potencias en el gobierno de los territorios dependientes:

Una de dos, o la intención de las naciones para con sus colonias es generosa, y entonces deben procurar la civilización perfecta de la población indígena colonial, y no extrañarse luego de que la colonia hecha mayor de edad trate de emanciparse de la tutela materna, como le sucedió a la poderosa Inglaterra con los Estados Unidos, como nos sucedió a nosotros con Méjico, con Santo Domingo, etc., y nos está sucediendo con Cuba, o la intención de las naciones es egoista, y entonces deben procurar, sí, la felicidad de las colonias con cierto pequeño grado de civilización en las costumbres salvajes, pero nunca el progreso intelectual indefinido de los naturales, que antes al contrario, debe estorbarse, como hace la astuta Inglaterra en sus posesiones de Asia. No hay término medio posible, y los frailes en Filipinas han querido el término medio⁸.

Y acusa a los frailes de pretender ser los intermediarios entre la población nativa y las autoridades, manteniendo así una situación de privilegio que ha dificultado una acción españolizadora eficaz en aquellos territorios.

En la cuarta parte de la obra, “La prensa de Madrid”, analiza Trigo varias informaciones sobre el particular aparecidas en los periódicos de la capital: *El Globo*, *El Liberal*, *El Resumen*, *La Justicia*, *El País*, *La Época*, *La Correspondencia de España*, *El Correo*, etc., reproduciendo

⁷ *Ibid.*, p. 45.

⁸ *Ibid.*, p. 46.

y valorando de forma sucinta las opiniones vertidas sobre los generales Blanco, Polavieja, las acciones políticas en las islas, etc. Las concluye con una “Nota” aparte que se puede considerar una sección más:

Otros muchos periódicos de Madrid, especialmente militares, hanse ocupado extensa y favorablemente del general Blanco con motivo del artículo “Cuatro generales” el día mismo de su publicación; pero, habiéndolos visto el autor de estas líneas en bibliotecas públicas, y no habiéndole sido posible adquirirlos luego, por esta causa no figuran entre los anteriores⁹.

Es decir, que Trigo enviaba los artículos desde Filipinas a la prensa de la capital de España, pero no disponía luego de los ejemplares.

En “Dos telegramas” analiza el autor dos noticias periodísticas relativas a la situación de rebelión existente en el archipiélago filipino, y aporta una interesante visión del problema, pues indica que si la actitud de la política española hubiera sido otra, se habría podido atraer sin duda a los nativos:

Como hijo del país, el general Blanco dice conocer a fondo a los indígenas. Añade que quieren a la madre España, y que al levantarse en armas no lo han hecho por odio a la Patria, sino contra quienes suponen sus opresores y explotadores.

Por esta razón cree que debe España inaugurar una política de atracción, único medio de evitar que el cariño que nos profesan los naturales del país se trueque en odio¹⁰.

Y valorando la opinión del citado general, acusa otra vez al clero de entorpecer la acción de España en Filipinas:

Añade que el odio de los naturales del archipiélago es contra las congregaciones religiosas exclusivamente, porque se han hecho dueñas de aquellas islas, que son los únicos en explotar, habiendo llegado su dominio a tal extremo que ejercen realmente de jueces, gobernadores y demás cargos, que absorben por completo.

⁹ *Ibid.*, p. 67.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 69-70.

¿Habrá quien dude de la necesidad urgente de despojar a las congregaciones religiosas de ese anacrónico e inhumano poderío que ejercen en Filipinas?¹¹

Por desgracia, cualquier medida que no fuera la respuesta militar llegaba ya muy tarde. La situación se quebraría definitivamente con la intervención norteamericana de 1898, en apoyo de los rebeldes independentistas en su declaración de intenciones, pero que en la práctica supuso la ocupación de las islas y la sustitución del dominio español por el estadounidense.

Y en la sección séptima y última, “Para concluir”, Felipe Trigo vuelve a recurrir a distintos recortes de la prensa y hasta a fragmentos del *Diario de sesiones* del Congreso en apoyo de su tesis, que es la defensa del general Blanco en Manila y de la acción de los demás generales que lo sucedieron en el mando militar del archipiélago.

Estamos, pues, ante un libro misceláneo, esencialmente periodístico, pues recoge testimonios de la prensa, escritos por el propio Trigo o en respuesta a réplicas a sus artículos. El autor se muestra en él como un consumado periodista de opinión, exponiendo y defendiendo sus tesis con ardor y con sólidas argumentaciones. Y nunca cae en la tentación de presentarse como un héroe de la guerra, sino como un soldado que expresa sus *impresiones*. Modestia ante todo.

* * *

Sin duda, la experiencia filipina marcó físicamente y psicológicamente a Felipe Trigo. Con el paso del tiempo, se fue acentuando en él una tendencia depresiva, a pesar del éxito que tenía como escritor. Por eso su familia no lo dejaba nunca solo, temiendo fuera a hacer una locura irreparable... Triste final para quien tanto había logrado en la vida: como médico, salvando o aliviando las de muchos semejantes; como

¹¹ *Ibid.*, pp. 71-72.

militar, asistiendo a los soldados en los lejanos confines de la Patria, mientras la sirvió; como persona, formando una familia que lo amaba y que gozaba de buena posición; y como escritor, creando una obra narrativa muy amplia –a pesar de haber comenzado a publicar tarde, casi a los 40 años–, valiente y de notable éxito en su tiempo. El autor dejó una escueta nota dirigida a sus hijos en la que explicaba su decisión, que tan sólo podemos entender como fruto de una profunda depresión. El 2 de septiembre de 1916, Felipe Trigo acabó de un tiro con su vida, y fue enterrado en el cementerio de Canillejas. Las razones de su suicidio no están por completo claras. En la nota de despedida y perdón que dejó a su familia, el escritor parece aludir a una enfermedad incurable y mortal; pero es más probable que la enfermedad que en realidad temiese fuera la locura, que venía acechándole de antiguo en forma de una aguda neurastenia, con la que tuvo que convivir la mayor parte de su vida..

Esperemos que con motivo de la reciente conmemoración del centenario de su muerte en 2016, nuevos estudios contribuyan a poner de actualidad la figura de Felipe Trigo y a situarlo en el lugar que merece.

BIBLIOGRAFÍA:

CAMACHO GARCÍA, Aquilino, *Felipe Trigo Sánchez ((1864-1916)*, Biblioteca Virtual Extremeña, 2014.

MUELAS HERRAIZ, Manuel, *La obra narrativa de Felipe Trigo. Tesis Doctoral*, Biblioteca Virtual Cervantes, 2022.

TARÍN, Santiago, “Filipinas: la guerra olvidada”, *Historia y Vida*, Publicaciones, Prisma, Barcelona, 2003, núm. 418 , pp. 66-75.

TRIGO, Felipe, *La campaña filipina. (Impresiones de un soldado)*, Librería Fernando Fe (Imprenta de Fortanet), Madrid, 1897.